

aa.12568

190 2-180

ooo 181372

Don José Zapiola en la Patria

Por Fernando de la Lastra

● La lectura de este caballeroso escritor constituye una fiesta, por cuanto nos sumerge de lleno en aquellos apasionantes días precoloniales.



“Por sus grandes conocimientos musicales —fue entusiasta— en 1832 se le nombra director del Conservatorio Nacional de Música y en 1833 fundó el Seminario Musicoe junto a doña Isidora Zegers, Bernardo Alcedo y otros”.

Así sin percatación, acaso, ya llegamos al mes de la patria: septiembre, que es también donde desaparece el invierno e ingresa por ese fatigoso pórtico de perfumes y coloraciones, de luminosidades y extraluz resplandores la primavera. Señalamos la patria patria y se nos quedó dando vuelta en la mente un curioso decreto emanado del Director Supremo don Ramón Freyre, en el cual se cuestionaba este léxico. En efecto, no sé por qué motivo se ve precisado a listar una preciosa exposición a la letra: “La voz patria de que hasta aquí se ha usado en todos los actos militares y civiles en vagos y abstractos; no individualiza la nación ni puede producir un efecto tan poderoso como el nombre del país a que pertenecen, véase: 1) En todos los actos públicos en que hasta aquí se ha usado la voz patria, se usará en adelante de Chile. 2) En todos los actos militares y el cuádruple de los civiles, se continuará y usará la voz Chile”.

Digamos, entonces, para no contradecir al ilustre militar, en vez del mes de la patria, mes de Chile.

Sin embargo, para precisar conceptos, suele ser muy benéfico consultar el diccionario de la Real Academia Española. El nos señala que la voz “patria” viene del latín y sus acepciones son las siguientes: “Nación propia nuestra, con la suma de cosas materiales e inmateriales, pasadas, presentes y futuras, que causan la amorosa adhesión de los patriotas, y 3) Lugar, ciudad o país en que se ha vivido. Y patria es la persona que “tiene amor a la patria y procura todo su bien”.

Pues bien, el objeto de estas líneas es otro: recordar al ilustre músico, historiador y memorialista don José Zapiola (1803-1883), nacido en Santiago, hijo del arquitecto argentino don Bonifacio Zapiola y Leticia y de la chilena doña Carmen Cortés.

Son varias las cosas que le debemos a este ilustre y olvidado chileno y que es bueno recordar en este mes de Chile. En primer lugar, sin su concurso no existiría nuestra canción nacional compuesta por su amigo don Manuel Böhles. Sabido es que la música de nuestra primera canción nacional patria la compuso este músico notable que además era tintero, jugador de billar y del volante, además de violinista y cantor. O’Higgins le hizo el encargo, a lo que accedió gustoso, y la letra se le encargó a don Bernardo de Vera y Ponce, entendiéndose esta “canción nacional” en Santiago el 20 de agosto de 1820. Con el tiempo, la partitura se entró y la canción pasó al olvido. Después, José Zapiola, que se la sabía de memoria, la reescribió y fue publicada en la revista “Las Bellas Artes” en 1860. Pero la canción de Böhles fue sustituida más tarde por la partitura escrita por don Ramón Carnicer, durante la revolución por primera vez en 1828. Posteriormente, durante el gobierno de don Manuel Bulnes, el ministro Vial encargó, sin decreto, a don Eusebio Lillo, en 1847, que compusiera una nueva letra, la que fue sometida a la aprobación “interior” de don Andrés Bello, máxima autoridad de esa época.

Pero el cero, no encontrándose otro más adecuado, quedó como el que escribió Vera y Ponce: “Dulce Patria recibo los votos: con que Chile en tus aras juré que, o la tumba sería de los libres, o el asilo contra la opresión.”. Antonomasia que al cantarla suele convertirse al “coro”.

El original efectivamente se mantiene en el Museo Histórico Nacional, como también el hermoso piano de don Ramón Carnicer y Böhles, están en Llerda en 1799 y fue llevado en Madrid en 1835, a los 60 años. Pero volvamos a don José Zapiola.

Por sus grandes conocimientos musicales —fue entusiasta— en 1832 se le nombra director del Conservatorio Nacional de Música y en 1833 fundó el Seminario Musicoe junto a doña Isidora Zegers, Bernardo Alcedo y

otros. Y algo, todavía, de la mayor trascendencia: a él se debe nuestra hermosa “Canción de Yungay” (1839), que en nuestra época de colegio era obligatorio cantarla y aprender su letra de memoria.

Este zarzoso himno, consagrado a las tropas del ejército restaurador, constituye un éxito sin precedentes, casi una suerte de Marcha. La letra la escribió don Ramón Bengio. Y fue así que cuando el general Bolson llegó a Valparaíso de regreso de Lima, el 28 de noviembre, el pueblo lo recibió de manera apasionada al son del himno de Yungay. Lo propio y con mayores proporciones sucedió cuando el ejército victorioso entró a Santiago. Es lamentable que este himno ya no se cante como antes ni siquiera en las ceremonias oficiales que conmemora esa festividad o la del Bato Chileno. Don José, en las cosas de la música, se las tenía. —En nuestro Böhles.

Nuestra cueca deriva de la zamacueca peruana que había llegado a Chile el año 1824, tal vez un poco antes. Y antes, de la zamba cueca, de origen afroamericano.

get de Lillo, quien compuso el himno nacional de Francia en 1792: un modesto oficial de ingenieros.

Zapiola fue elegido regidor de Santiago en 1871 y en 1872 publicó la primera parte de “Recuerdos de Yungay Años”. También escribió “Apuntes Históricos sobre la Música”. Pero distinguimos en su primera obra por constituir una pieza clásica dentro de nuestra literatura decimonónica. Y nada mejor que en este mes de Chile, septiembre, cuando comenzamos a florecer los detalles de oro.

Tengo a mano esta pequeña joya literaria en su quinta edición, publicada por Guillermo Miranda —Editor—, Alameda N°51, año 1962. Es un libro, más que interesante, agudo y entretenido y ávido desde 1810 a 1860. Tiene grillo de don Ventura Blanco Encalada, hermano del ilustre almirante.

Según el prólogo, Zapiola “frutando en los veintidós años, de regular estatura, de un cuerpo vigoroso i entero, con una cabeza que ostenta una frente espaciosa, sobre la cual cargan algunos cabellos albos como la nieve, era nuestro amigo, como lo es hasta hoy el alma de las tertulias de la tarde”. Y prosigue: “Detenido de una memoria prodigiosa, no olvidó ni los nombres ni las fechas, i los apuntes con tal precisión que cualquiera creía que acababa de registrar documentos o de curar los papeles de una biblioteca”. Pensador juicioso, un tanto pesimista, escrutaba por todo lo que junta justo; apasionado servidor de las ideas del partido en que vive enrolado, más para satisfacer una necesidad de su rebombante espíritu, que por alcanzar puestos que no ambiciona ni holganza mediática, ni honores que llegarán un poco tarde para hacerle carrera: hombre franco i íntel, pertenece al número de los que se modifican imperceptiblemente, que, obrando en todo caso con honradez, no se avergüenzan de enervar su capino siempre que los guía a un fin que califican bueno”. He aquí el bello perfil con que el prólogo lo retrata.

cha, bailada y cantada por primera vez por oficiales y tropas del batallón de Talavera. Respecto a bailes de choro, recordamos que por los años de 1812 y 1813 la zamba y el abuelito eran los más populares: ambos eran peruanos.

Por tanto, nuestra cueca deriva de la zamacueca peruana que había llegado a Chile el año 1824, tal vez un poco antes. Y antes, de la zamba cueca, de origen afroamericano.

Otros capítulos están dedicados a don Diego Portales, a quien defendió apasionadamente de los ataques de Larraín, y a la “caída de O’Higgins” el 28 de enero de 1823. Zapiola se muestra como un agudo observador, muy ponderado y riguroso. Amaba sobre todo la justicia. Cuando regidor tuvo, por este motivo, muchos detractores. Según nos señala don Ventura Blanco, “en su exageración llegó un día a negar su voto al proyecto para comprar una copa de plata para premiar al caballo más corredor, mientras no se equiparara con este premio el que se da anualmente al mejor maestro de escuela”. “Por qué ha de merecer más de 25 pesos un maestro que enseña en el trabajo, si menos de 300 un fagocitador que come, bebe y corre para provecho de su dueño”.

Y así, la lectura de este caballeroso escritor —cuenta tiene palabras o comentarios ácidos en contra de todos— constituye una fiesta, por cuanto nos sumerge de lleno en aquellos apasionantes días precoloniales. Como hecho curioso —y vigente hoy día—, el memorialista relata los temores de sus congregados —cuando el Congreso fundió en el puerto— en el sentido de denunciar sus “veros temores” de que llegase una expedición española y “agarrara” a todos los diputados y se los llevase a ultramar, para siempre jamás.

También proporcionó, al final de ésta, subvenciones algunos valores antedecentes de muchas de las personas que el autor conoció, figurando por consiguiente todos los peceros. Incluso consignó las domicilios donde vivían, lo que daría, por su interés, para otro artículo. Su tacto y discreción son proverbiales.

Zapiola se muestra como excelente escritor: amante de Chile —aunque su padre fue argentino— y con un tal conocimiento del entorno social e intelectual de la época, por cuanto fue actor y espectador a la vez de los más relevantes acontecimientos. Nunca tuvo ni resentimientos ni odios.

Una nueva edición de este libro fue publicada por ZigZag en 1945 y tiene un extenso estudio de Pereira Salas, obviamente agotado. Sería bueno y necesario, por tanto, una reedición de la obra de este hombre tan singular como valioso, cuya lectura sería muy apropiada para este mes de Chile o de la patria. Es un personaje importante dentro de nuestra historia.

Este hombre rodea por de espaldas sensibilidad aprendida siendo muy niño el oficio de poeta para sobrevivir; sin embargo, su afición a la música lo llevó a estudiar —como adelantado— este arte por su propia cuenta y enseñarlo en las filas del ejército el año 1817, bajo los mandos de San Martín y O’Higgins, en calidad de músico de la banda militar. Cuando se retiraron a Portales, le escribió un hermoso y sentido “Requiem” y fue su amigo entrañable de Francisco Bilbao y de los entusiastas. Tuvo el cargo de secretario al fundarse la Sociedad de la Igualdad y por sufriendo a sus convenciones fue a dar con su humanidad a las manzanas heladas de Chile. Falleció este ilustre chileno a la edad de 80 años, resgado por todos, en 1883, siendo Presidente de la nación don Domingo Santa María González. Fue un gran patriota de Chile y sus restos reposan en la parroquia de Santa Ana.

Don José Zapiola en la patria [artículo] Fernando de la Lastra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lastra, Fernando de la, 1932-1990

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Don José Zapiola en la patria [artículo] Fernando de la Lastra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa